

UN MODELO ÚNICO: El deporte de alta competición

Manuel García Ferrando



El deporte se ha convertido en uno de los fenómenos sociales cuya presencia en la sociedad contemporánea es más evidente, y ha penetrado hasta los últimos rincones de la vida social e individual. Dentro del ámbito del deporte, el deporte juvenil e infantil también ha adquirido una gran importancia, lo que obliga a que la reflexión teórica sobre el fenómeno deportivo en la juventud tenga que ser riguroso y serio.

En términos generales, se puede afirmar que en la sociedad en que vivimos cada vez se dispone de más tiempo libre, y por otro lado también sabemos que el cambio de valores sociales propicia una mayor preocupación de las personas por todo lo referente a la autonomía y bienestar personales, quizá como reacción a una sociedad, la postindustrial, que se presenta monótona, repetitiva, estandarizada. En este contexto, el deporte es, posiblemente, una de las pocas alternativas de que disponen amplios sectores sociales, para tener un comportamiento individualizado, de poder actuar con un cierto autocontrol, de hacer algo, en definitiva, que no dependa en exceso de los demás.

El lugar del deporte

Los estudios más recientes realizados tanto en España como en otros países del área occidental, ponen en relieve que el deporte es una de las actividades de tiempo libre preferidas por la población. Así, una encuesta que dirigí a finales de 1985 sobre los hábitos de ocio y deportivos de los españoles, encontré que la actividad más frecuente realizada por la población es "estar en familia", seguida de "estar con los amigos" y de "ver la televisión". A continuación, aparece el "hacer" y el "ver" deporte, como las actividades más populares de tiempo libre. Pero es que, además, al preguntarle a la población por la actividad que desearía hacer en caso de que pudiera elegir con toda libertad la forma de emplear el tiempo libre, la práctica deportiva aparece como la actividad más frecuentemente señalada.

Todos estos datos hacen pensar que la participación de adultos y jóvenes en actividades deportivas va a ser cada vez más alta en España y esto... por muchos motivos, conocidos por todos nosotros. En primer lugar, como hemos dicho, la sociedad lo pide, la sociedad pide deporte. Por otro lado, los poderes públicos han tomado conciencia de ello y realizan una oferta de deporte. Oferta que no va a disminuir, sino a aumentar. Además, hay una tendencia a prolongar la etapa de escolarización de los jóvenes en España; ya se está hablando de que se va a ampliar la EGB de los 14 a los 16 años, y en la medida en que los jóvenes estudiantes son el sector de la población que hace más deporte en todo el mundo, así va a aumentar también la práctica deportiva y las clases de educación física.

En España, nos encontramos que por lo que se refiere al deporte infantil y juvenil, de la preocupación por la cantidad de gente que participa, se está pasando rápidamente a una preocupación por la calidad del deporte que se hace. Esto es lógico. Primero hay que satisfacer una etapa: la de la cantidad, pero esto es solo una parte del problema, la otra parte es qué tipo de deporte y con qué consecuencias se está haciendo este deporte. Pues bien, en España nos vamos a encontrar en la misma situación que ya se ha producido en otros países más avanzados, económica y tecnológicamente, en donde la preocupación por la extensión, la universalización deportiva, ha dejado de ser el problema preferente; porque al estar toda la población escolarizada (me refiero a la población infantil y juvenil) en un ámbito que incluye, en su curriculum y como asignatura obligatoria, la educación física y la actividad deportiva, el problema ya no es que la gente haga deporte. El deporte se hace en mayor o menor intensidad, por lo que el problema es qué tipo de deporte se hace.

Las características del modelo del deporte de competición

El deporte que en los últimos años ha tendido a desarrollarse en los países avanzados, es un deporte de competición, organizado, un deporte en donde los objetivos de victoria, las ligas, la selección local, regional o nacional son el elemento dominante y pocas décadas de este tipo de deporte han traído consecuencias no previstas para el desarrollo físico y psíquico de los jóvenes, y en los últimos años han surgido las primeras e importantes críticas. Yo diría que en España este problema se está dando en pequeños sectores de la sociedad,

numéricamente poco importantes pero muy significativos. Es decir, en todos los sectores del deporte de competición de élite, y especialmente en algunos deportes se está dando este problema de excesivo stress, de lesiones, etc... que luego vamos a tratar con más detenimiento; y por supuesto dentro de pocos años, en la medida en que se masifique todavía más, que se intensifique la práctica del deporte infantil y juvenil, éstos van a darse con mayor intensidad igual que ocurre en estos momentos en Canadá, Estados Unidos, Suecia o en Japón.

Como decía Carlos Marx, en el prólogo de la segunda edición del *El Capital*, los países no desarrollados, deben mirarse en el espejo de los países desarrollados, porque en ese espejo van a ver la imagen de lo que vá a ocurrir cuando ellos alcancen ese nivel de desarrollo superior; de ahí que sea tan interesante que nosotros contemplemos, no solo lo que ocurre en nuestro país, sino que miremos la imagen de otros países desarrollados, ya que allí encontraremos la imagen de lo que puede ocurrir aquí próximamente que ya está ocurriendo en buena medida.

En primer lugar voy a ocuparme de trazar los rasgos generales de los excesos del deporte de competición, sobre todo tal como se han dado en los países en donde hay una mayor tradición de competición, y participación en el deporte infantil y juvenil; todo esto lo voy a ir matizando y engarzando con datos sobre la situación española en la medida en que la conocemos, y disponemos de algunos datos empíricos. Como he dicho, vamos a hablar del deporte altamente competitivo y organizado, esto es, aquella actividad deportiva que implica una gran cantidad de tiempo dedicado a entrenar, que favorece la asistencia de espectadores adultos, que se encuentra limitada a los jugadores más destacados y que exige una selección de éstos a través de un proceso de competiciones locales, regionales, nacionales e incluso internacionales.

Realmente, el deporte competitivo organizado, en los ámbitos infantil y juvenil, es una reproducción en miniatura del deporte adulto. Y ésta es, como veremos enseguida, la causa de muchos de los males que está padeciendo el deporte infantil y juvenil. Veamos que es lo que ha ocurrido por ejemplo es un país que es paradigma del deporte juvenil: Estados Unidos.

El deporte juvenil organizado en Estados Unidos, surge en los primeros años del presente siglo, y está reducido al ámbito escolar en los primeros treinta años. Está bajo la competencia de profesores y

educadores dentro del ámbito escolar; pero va creciendo el interés de la sociedad por este deporte y se produce un desencantamiento, una retirada. El deporte desde entonces, sale de las escuelas porque los profesores ya no quieren atenderlo y cae en manos de organizaciones voluntarias, de clubs profesionales o municipales que se preocupan de atender las necesidades de los niños.

Un modelo para satisfacer a los padres

Pero, ¿qué es lo que ocurre con este cambio?, que realmente lo que se está haciendo con este modelo es atender a las necesidades de los padres, de los adultos, de los entrenadores; y este deporte juvenil en cuanto deja de estar controlado por educadores, se convierte en una actividad que entra a formar parte del espectáculo de la vida cotidiana del municipio, del estado, de la nación. Es un deporte en el que comienzan a darse todo tipo de excesos. Los estudios más recientes ponen de manifiesto que la edad modal, es decir, la edad más frecuente de inicio de los mejores futuros deportistas de los Estados Unidos, se encuentra en los ocho años... A esta edad comienza ya el deporte de competición; bueno, todos sabemos que esto se está dando ya en España, en determinadas áreas deportivas: pensemos en gimnasia, pensemos en natación. Esto se está dando ya. Por lo tanto, como digo, lo que estamos comentando de Estados Unidos no es algo que nos sea muy ajeno.

El enfrentamiento entre organizadores del deporte juvenil competitivo y educadores, es evidente en la década de los 50, 60, e incluso de los 70. Hay un claro divorcio: los educadores se limitan a criticar sin otras armas que sus palabras y escritos porque se encuentran con el deseo de los padres y de las autoridades municipales y estatales de apoyar este tipo de deporte que satisface a los adultos. Es decir, el deporte juvenil es un instrumento para satisfacer necesidades políticas, necesidades psicológicas, necesidades de victoria y de afirmación, de prestigio de familias y de municipios. Y esto lo ven los propios educadores, pero ¿qué pueden hacer ante la voluntad de los padres?

Los datos más recientes en España, confirman este hecho inegable: más del 70% de los padres que tienen hijos en edad escolar desearían que sus hijos hicieran más deporte del que hacen. Este es el primer hecho que tenemos que reflexionar: son los padres los que quieren que los hijos compitan. ¿Por qué?, porque se tiene un con-

cepto, un modelo del deporte, según el cual esta práctica ayuda al desarrollo de valores que van a ser instrumentales y útiles para cuando ese joven se convierta en adulto. Se supone que la participación en un deporte organizado, mejora la forma física, da capacidades de liderazgo, desarrolla valores cívicos, forma el carácter, confiere deportividad, amor por el juego limpio, da buena salud, ayuda a los valores de vida democrática, contribuye a los valores de equipo e incluso, la tremenda publicidad de los medios de comunicación a los éxitos económicos de los jóvenes talentos deportivos, hace pensar que puede ayudar a la familia, con contratos millonarios.

La necesidad de control

En estos momentos los padres, en general, tanto en España como en cualquier otro país, consideran que los aspectos positivos del deporte, de la participación de sus hijos en un deporte competitivo y organizado, son siempre superiores a los factores negativos. Sin embargo, y como he dicho antes, a surgido una especie de síntesis (en los años 70 y principios de los 80) en la que se admiten los aspectos positivos y negativos del deporte. Se celebra un congreso en los Estados Unidos en 1977, en el que por vez primera se presentan comunicaciones de los dos bandos: por una parte los educadores, hasta entonces destructores del deporte competitivo y los organizadores y entrenadores, directivos y políticos interesados en su desarrollo. Se llega a un punto en común: admitir que el deporte de competición juvenil se ha convertido en una parte importante de la cultura de la sociedad actual, pero que debe ser controlado de alguna manera. Surgen entonces escritos, que yo creo que incluso se han incorporado a la docencia de las facultades de educación física en forma de "Carta de los derechos del joven deportista", en los que se reconoce que un exceso de deporte de competición puede dañar el desarrollo psicológico y físico de joven. Esta síntesis, significa, en cierta medida, que los esfuerzos hay que dedicarlos a estudiar la manera en que estos esfuerzos de participación en el deporte competitivo minimicen los aspectos negativos y se maximicen los aspectos positivos.

Es así como surge la pregunta sobre qué aspectos hay que minimizar. Fundamentalmente los siguientes: en estos momentos se desconocen bastante los efectos del estrés de la competición sobre el desarrollo psicofisiológico del joven. Hay que comenzar a tener evidencia empírica y científica que nos permita resolver con seguridad las

siguientes preguntas: ¿Cuánto estrés físico es esencial para un desarrollo óptimo, y en qué punto deja de serlo?, ¿A qué edad hay que empezar a competir?, ¿A qué edad, y en qué condiciones pueden competir niños y niñas en los mismos equipos?, ¿Cuáles son las consecuencias inmediatas y latentes de ciertas actividades dispersantes?. Creo que estas son las grandes preguntas que se están haciendo en la actualidad, todas las personas que verdaderamente están interesadas en el estudio científico del deporte juvenil. Que esto es así he podido comprobarlo en el Congreso Científico-Olimpico que se celebró en los Angeles, Oregon hace dos años. El tema dominante del Congreso en todos los campos (biomecánica, fisiología del esfuerzo, educación física, sociología, antropología, etc...), fue el del deporte juvenil y de las consecuencias del exceso del deporte juvenil. Fue el tema dominante del congreso que se celebraba al mismo tiempo que los Juegos Olímpicos. Curiosamente, a los científicos reunidos allí no nos preocupaban tanto las grandes performances, las grandes ejecuciones de los Juegos Olímpicos, como lo que está ocurriendo en el mundo entero, en países del Este y del Oeste con el tema del deporte infantil y juvenil.

Los efectos del deporte de competición

Realmente, ¿qué es lo que hace el deporte de competición?. Toda actividad competitiva tiene unas consecuencias estresantes, para la persona que participa en la competición. El prepararse para un examen, para recibir una recompensa, para pasar una prueba, para una competición, tiene unas consecuencias stressantes. Ahora bien, éstas pueden ser positivas, negativas, o neutras, pues ello depende de la evaluación social e individual que se haga de esta actividad. Una victoria en una competición deportiva puede reforzar la seguridad de un joven en sí mismo, como una derrota puede ayudar a reforzar la inseguridad. Sin embargo, las consecuencias de competiciones deportivas aisladas nunca son problemáticas. Lo que realmente tiene consecuencias para el joven es la repetición de la competición. Aquí entramos en el tema de las ligas; lo realmente preocupante es que esa puesta a prueba del valor positivo o negativo de los o las jóvenes deportistas, se haga de una forma sistemática y durante largos periodos de tiempo.

Es aquí donde surgen las consecuencias negativas: pérdidas de sueño, lesiones prematuras, segregación de los sexos, el deporte de competición está ahondando la se-

paración entre sexos, porque el deporte competitivo normalmente se practica con gentes del mismo sexo, la segregación de edades los niños y las niñas necesitan convivir con niñas y niños de la misma edad o de edades parecidas, necesitan convivir entre ellos.

Además, se está comprobando que la participación de un deporte de competición en las primeras edades puede incrementar la agresividad y la preocupación, y también puede conducir a la tentación de tratar de violar las reglas porque es la única forma de ganar. Una de las causas de la violencia en el deporte consiste en que no se internaliza lo suficientemente bien que hay que respetar las reglas. Entonces, y en la medida en que lo único importante es la victoria, la preocupación de muchos entrenadores no es tanto por preparar buenos deportistas como preparar a ganadores y campeones, aunque sea a costa de los valores humanos que debieran ser inherentes a la práctica deportiva. Todo esto, está teniendo funestas consecuencias que quizás numéricamente no sean muy importantes, pero el hecho de que existan va en contra del espíritu de lo que debe ser el deporte como elemento que contribuya a la educación y al desarrollo de la personalidad y el desarrollo general del joven.

Causa del abandono

Está conduciendo, además, a un hecho que se está dando en todos los países: y es que, en efecto, si vemos las cifras de participación en el deporte por edades, encontramos que se ha disparado el porcentaje de participación hasta los 16 o 17 años de edad. En España andamos alrededor del 70%, quizás es de gente que hace deporte 1 o 2 veces por semana, pero estas cifras se encuentran en cualquier país desarrollado, me refiero a una sociedad urbano-industrial. Sin embargo, a partir de los 17 años, comienza a bajar no menos del 10 al 15% cada año, hasta que llegamos a cifras por debajo del 50% a partir de los 19 o 20 años; de los 20 años a los 30 la caída es más abrupta hasta llegar a las medias (como en España) de un 35% de participación. ¿Qué ha ocurrido?, ¿Por qué ese abandono prematuro?. En un deporte competitivo, que solo beneficia a las personas más dotadas, con más talento y a las personas que tienen un carácter competitivo; pero que de ninguna de las maneras favorece a jóvenes de ambos sexos que no desean competir, que no tienen ánimo de victoria, ni están dotados por la naturaleza (ni psicológica ni físicamente) para competir a grandes niveles.

Tiene como consecuencia ese abandono prematuro.

Entonces, una de las causas fundamentales del abandono de la práctica del deporte, que se reduce en 5 años (desde los 16 a los 21 años) a menos de la mitad, es precisamente ese énfasis en el deporte competitivo. El deporte de competición cansa, aburre, fatiga, preocupa y se produce en consecuencia este abandono.

Tratemos de reconstruir lo que ha ocurrido históricamente: primero tenemos una gran preocupación porque se generalice el deporte, porque se piensa, y además se piensa bien, que el deporte ayuda al desarrollo psicológico y físico de niños y jóvenes. Hay un esfuerzo porque todo el mundo participe, y cuando se consigue esta participación, no se construye un modelo adecuado a las necesidades del niño, sino que son los adultos al dominar en la sociedad los que deciden el modelo organizativo de deporte para los jóvenes. Consecuencias: que después de haber hecho unos grandes esfuerzos para que todo el mundo participe, cuando el joven sale de edad escolar o abandona el control de los padres adquiriendo una cierta autonomía a partir de los años de la adolescencia, se produce la abrupta caída de la práctica del deporte. Tengo aquí datos de un estudio noruego y de otro sueco muy reciente, de unos colegas del Congreso Olímpico de Oregón del año 84, en donde se pone de manifiesto que de un ochenta y tantos por ciento de participación hasta los 15 y 16 años de jóvenes noruegos y suecos de ambos sexos, se pasa entre un 30 a un 40% a los 20 años, prácticamente lo mismo que ocurre en el modelo español; esto es algo un tanto irónico, ya que pone de manifiesto que este modelo está equivocado.

Un tipo de socialización específica

George Mead, un socio-psicólogo americano que ha estudiado la formación de la persona en el ser humano y cómo se internalizan los valores de la sociedad, tiene unas páginas en las que contraponen el valor del juego y del deporte para los niños y los jóvenes. Mead dice que el juego equivale a las necesidades del niño porque en el juego hay una simple sucesión de un papel a otro, no hay organización de la actividad; y así son los niños. Los niños no tienen una línea continua de actividad: hacen una actividad ahora y a los cinco minutos cambian de actividad si no les gusta, y entran en contradicción con lo que acaban de hacer. Ese es el encanto, y esa es la impredeción del niño. El niño es impredecible. En un

juego nos vamos adaptando a la propia dinámica del juego, entonces los niños necesitan del juego, porque hay un isomorfismo entre la estructura del juego y la estructura (o no estructura) de la personalidad del niño.

Pero surge entonces la necesidad de ir madurando, de que vaya apareciendo la personalidad del niño; es una personalidad que debe estar estructurada, y así es el deporte. Del juego al deporte se pasa ya que el deporte es un juego pero con reglas, con objetivos, con una organización. Isomórficamente es así como debe ser el proceso de un joven que va a ser adulto: tiene que ir adaptándose a reglas, internalizando las reglas de la sociedad, y ésto es lo que le da el deporte. Sabemos que por medio del deporte, toma conciencia de la sociedad, del trabajo en equipo.

Confiere una dinámica de participación con los demás. Pero ¿Qué ocurre cuando este modelo ideal en el que se refleja este valor del deporte para el desarrollo de la personalidad del niño, se convierte no en un deporte de participación sino de competición?, ¿Qué ocurre con el deporte de competición?, que no participan todos. En el deporte de competición participan sólo los mejores, porque hemos trasladado el modelo de la competición profesional al mundo de los niños, el modelo de que siempre debe de ganar el mejor.

La medallitis, la preocupación por ganar trofeos porque es también otra de las consecuencias negativas de ese deporte competitivo. Hacer un deporte competitivo que pone el énfasis en victoria-derrota; la victoria viene recompensada por un trofeo, entonces tenemos algo que también ha sido recusado. Y es que (y esto es una cosa que se está dando mucho en España en los últimos tiempos), con tanto énfasis en los trofeos estamos haciendo que muchachos y muchachas coleccionen gran cantidad de trofeos.

Estamos disparando los presupuestos públicos del deporte: por ejemplo en el patronato municipal de deportes de Las Matas, Madrid, con un presupuesto de 35 millones de pesetas, un millón o un millón doscientas mil pesetas se han gastado en premios y trofeos. Esa medallitis no sólo está distorsionando el presupuesto, sino que también, por otro lado, estamos distorsionando el sentido de la participación.

Está bien que haya deporte competitivo, la evidencia psicológica actual es que el stress es necesario para el ser humano. Un poco de stress es bueno, el participar en actividades competitivas también

es bueno ya que en cierto modo la vida es lucha, porque el deporte competitivo nos ayuda a tomar conciencia de las propias capacidades, y en este sentido el deporte competitivo es francamente interesante; pero no lo es cuando ese deporte competitivo empieza a hacer de la competición el único motivo de la actividad. Es ahí cuando empiezan a producirse todos los desequilibrios a los que me he referido. Insisto en que el tema es que los jóvenes que hacen deporte no deben tratarse como adultos, como adultos en miniatura. Creo que tanto en su conducta comunicativa, como en la afectiva, como en la psicomotriz, es estos tres campos, el joven es diferente del adulto. El problema es como planear el deporte juvenil. Ahora estamos en un momento del desarrollo histórico del deporte y de la conducta social, en el que la divulgación de las pautas deportivas tiene que ir acompañado de un mínimo de difusión de comportamiento de aprendizaje social. Yo creo que hay una gran ignorancia, entre educadores, entre padres y entre entrenadores sobre las necesidades, sobre las etapas de aprendizaje de niños y jóvenes. Creo que si se toma conciencia de ésto, pueden disminuir los efectos negativos, que quizás, de una forma exagerada, he ido enunciando. Entiendo que ciertas recomendaciones pueden ser de interés, y con ello voy a terminar esta primera parte.

Propuestas de planificación

Creo que en un futuro, al mismo tiempo que se sigue poniendo énfasis en extender la participación deportiva a la totalidad de la población infantil, hay que hacerlo de forma que se reste importancia a los aspectos más competitivos del deporte.

Hay que asegurarse de que cada joven, con independencia de sus facultades físicas y de sus talentos deportivos psicomotrices, tenga su oportunidad para actuar.

Las temporadas del deporte competitivo, deben ser más cortas, incluso reducirlas a la extensión del curso escolar; cuando se acercan axámenes hay que hacer desaparecer las competiciones porque no es bueno mezclar competiciones con exámenes.

Hay que ofrecer algún tipo de reconocimiento a la mera competición de uno mismo, en lugar de ofrecer, como ahora, recompensa a la victoria y no a la derrota.

El trofeo hay que darlo al hecho mismo de la participación, participación que signifique que un esfuerzo por participar y por mejorar actuaciones anteriores. Creo que hay que reducir drásticamente el

reparto de trofeos y medallas. No hay que olvidar que tales muestras de la victoria, esos trofeos ostentosos, esas grandes copas, esas cantidades de medallas que se regalan a los vencedores, hacen más visible la derrota y pueden conducir a que se violen las normas, esas normas cuyo respeto constituye la propia esencia de la capacidad educativa del deporte. Ya que si el deporte no tiene ese respeto a la norma, no sirve apenas para nada. Además, no hay que olvidarlo: el premio, el acostumbrarse al premio, atenta, disminuye la motivación intrínseca a participar libremente.

Creo que lo bueno del deporte es que es una actividad libre que tiene que surgir de los propios deseos, de las propias motivaciones de las personas. Es así como el deporte que se comienza en la juventud, en la niñez, se convierte en un deporte para toda la vida, que es el objetivo que debe perseguir toda política deportiva: al deporte para toda la vida. Entonces, en la medida en que desde un principio se pone énfasis en el triunfo, cuando con la edad, disminuyen las capacidades para ganar, al no haberse cultivado esas motivaciones intrínsecas, se pierde interés por el deporte.

Hay que decir a los padres que reconozcan que lo importante de la participación de sus hijos no está en la victoria. Que sepan que sus hijos necesitan de la participación en el deporte y que les recuerden de alguna manera que no es buen camino para afirmar superioridades o inferioridades el seguir el camino del deporte. En este sentido creo que, todas las campañas de promoción del deporte, deben ir acompañadas no sólo de la actividad deportiva, sino de charlas, conferencias, conversaciones con padres para transmitirles este tipo de ideas. Es algo fundamental el hablar con los padres, pero nadie lo hace. A los padres, también hay que socializarlos y educarlos, sobre todo en un país como el nuestro, en el que hay poca tradición deportiva, y en el que los padres no han tenido oportunidad de internalizar esas motivaciones intrínsecas por el deporte. Es decir, el deporte, si seduce, es por sus aspectos brillantes que en estos momentos presentan los medios de comunicación. De ahí la popularidad del deporte. De ahí que los padres quieran que sus hijos sean unos pequeños Becker, unos pequeños Butrageños o una pequeña Natalia Comaneci. Pero a los padres hay que decirles que no todos los muchachos son Beckers, Butrageños ni todos son Nadias Comanecis. Hay que decirles que para sus hijos es bueno participar con alegría,

que hagan deporte, que se diviertan, que si pueden ganar ganen pero si pierden no pasa nada, pero que reconozcan sus limitaciones.

El talento deportivo está tan escasamente repartido como cualquier otro tipo de cualidad humana y esto hay que transmitirlo a los padres. Pero otro aspecto que es muy importante: es la especialización en el deporte. Cuando un muchacho, una muchacha, destaca en un solo deporte les obligamos de alguna manera a que entrenen mucho en ese deporte. ¿Qué ocurre cuando esa persona que ha hecho Hockey sobre hielo, waterpolo, gimnasia rítmica, con los años coge kilos, pierde forma física y se encuentra con un deporte que requiere un nivel de prestaciones físicas muy elevado y no puede hacerlo? Pierde interés por el deporte. Entonces, en ese sentido, yo creo que hay que enseñar modelos de participación multi-deportiva. Es bueno enseñar además del waterpolo, de la gimnasia rítmica, deportes individuales que luego se puedan practicar toda la vida: esquí, natación, jogging...; es decir, el hecho de poder practicar varios deportes al mismo tiempo, evitará la obsesión en un solo deporte.

Bien, yo creo que esto han sido unas consideraciones quizás hechas de una forma un tanto deshilvanada, pues he ido recogiendo algunas ideas de las que tenía en mis notas, y con mucho gusto estoy dispuesto a comentar con todos ustedes aquello que tengan a bien discutir y criticar.